

DAVID.



Napoleon en el monte de San Bernardo.

El primer cónsul dijo un día á David: «Quiero que hagas mi retrato; represéntame muy sosegado montado en un caballo muy fogoso,» y David pintó el cuadro que se vé grabado en nuestra lámina. Quizá otro pintor, como Gericault verbi-gracia, nos habría dejado una obra ménos melodramática, pero mas natural y grandiosa; sea como quiera, esa composición, que como pintura, carece de una calidad esencial, la sencillez, sería magnífica ejecutada en bronce.

Si dejando aparte su obra, se considera á su autor bajo un punto de vista general, sería necesario ser muy enemigo suyo para no reconocer en él uno de esos genios poderosos

T. III. — PARIS. — IMP. BLONDEAU

á quien Dios concede la palabra, la lira, la pluma ó el pincel para entusiasmar á un pueblo entero inspirándole un exaltado amor hácia lo grande y lo bello. Veamos los asuntos que saca de la historia para reproducirlos en el lienzo, teniendo en cuenta los tiempos y las circunstancias: el Juramento de los Horacios, especie de preludio romano para la gran escena moderna del Juego de Pelota que ejecutará seis años despues: la muerte de Sócrates, recordada á la sociedad francesa en 1789 casi en visperas de aquellos días sangrientos en que tantos hombres recomendables por tan diversos títulos debían necesitar esa lección; los lictores lle-

vando á Bruto los cuerpos de sus hijos que condenó á muerte, drama inaudito que queria decir á la Francia, llo-rosa por la muerte de sus diezmos hijos, los cruentos sacrificios que cuesta la conquista de la libertad y de la independencia, y por último Leonidas en las Termópilas ofrecido al pueblo que habia defendido los desfiladeros de las Ardenas y que habia triunfado en Valmy.

La eleccion de estos asuntos no fué el efecto del acaso ó del capricho, ni de reminiscencias de la escuela clásica. David habia meditado profundamente en la elevada mision del artista, y aun sin sus obras, sus palabras bastarian para enseñarnos sus ideas sobre este punto. Oigámosle en la sesion de la Convencion del 15 de noviembre de 1793. Despues de haber clamado contra el siglo de los dos últimos reyes, que fomentaron la licencia de las costumbres, encadenando el pensamiento y ahogando el genio del artista que tan poderosamente debe contribuir á la instruccion pública, continúa en estos términos: « Los monumentos artisticos, tienen otro obgeto que el de encantar los ojos, y es el de penetrar en el alma, produciendo en el espiritu una impresion profunda parecida á la realidad; entónces es cuando los rasgos de heroismo y de virtudes cívicas presentados como modelo al pueblo, electrizan su alma, y despiertan en ella todas las pasiones de la gloria y del amor hácia la salvacion de la patria. » En la sesion del 16 de enero de 1794 sus palabras fueron mas hermosas, poéticas y solemnes; entónces dijo: « Cuando en medio de las inseparables zozobras que inspira la libertad en una república naciente, se impregnan nuestras almas del gozo que deben inspirar las victorias de nuestros ejércitos en todas nuestras fronteras, y los triunfos de nuestras lagiones contra todos los déspotas coaligados, entónces las miradas se vuelven con delicia hácia las bellas artes, hechas tambien para embellecer la paz, y para adornar las pompas triunfales.

» En los movimientos expansivos y en los afectos cívicos que os penetran, conoceis que los grandes acontecimientos deben dejar en pos de sí naturalmente inmortales recuerdos, y por consiguiente monumentos que atestigüen al universo y á la posteridad la grandeza del pueblo francés, y quisierais en esos afortunados instantes esparcir por todas partes el brillo de vuestras victorias, y embellecerlo todo con los rayos de la gloria y de la felicidad. Pues bien, desde esa altura debeis considerar siempre el dominio de las artes, para imprimir á todas vuestras leyes en esta patria, un gran carácter que á su vez puede inspirar otras victorias... »

J. J. ARNOUX.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las p. 5, 14, 24, 26, 34, 45, 53, 62, 66 y 71.)

XIX.

Frantz tuvo largo tiempo fijas sus miradas en aquella parte del horizonte por donde la barca acababa de desaparecer, pero poco á poco se fueron apartando del rio para elevarse hácia el castillo del Steinberg.

El jóven apoyado de codos en el balcon, examinaba tristemente aquellos espesos muros que encerraban todos sus tesoros; pero el inexorable y lúgubre edificio guardaba el

secreto de los acontecimientos que, quizá á aquellas horas pasaban en él.

— Dichosas aves ! decia Frantz siguiendo con los ojos maquinalmente las evoluciones de las cigüenas en torno de la torre solitaria; rozan con sus alas la ventana del cuarto en donde está Whilelmina; pueden oír los suspiros de su boca, los sonidos de su dulce voz ! Porqué no tengo yo alas tambien para poder llegar hasta Whilelmina ! Y la pobre Magdalena que me decia que esas aves traerian la felicidad al Steinberg !

Aun estaba hablando cuando una forma humana se mostró de repente detrás de las almenas de la torre; en su elevada estatura, y en sus contornos vigorosamente acentuados era fácil, aun á la distancia en que se hallaba, el reconocer al baron de Steinberg: Enrique tenia en la mano una escopeta, que se echó rápidamente á la cara...

El ruido de la esplosion no pudo oírse; pero una columna de humo que se levantó al cielo, indicó que habia disparado el tiro. En el mismo instante una de las cigüenas que se cernian por encima del balcon, bajó su vuelo en largas espirales: estaba herida.

En la situacion de ánimo en que se hallaba Frantz, este suceso, tan sencillo en apariencia, le causó una emocion profunda.

— Asi pues, repuso con voz sorda, ese hombre implacable ha comprendido tambien que esas pobres y hermosas aves habian mentido á su fortuna ! Se ha querido burlar de su insolente agüero...

La cigüena herida continuaba bajando. El baron inclinado sobre el pretil de piedra, parecia observar con ansiedad el efecto de su acto cruel.

El ave trató de sostenerse en la torre, pero sus esfuerzos fueron vanos, bien luego llegó á la roca, y desde allí como si hubiese querido alejarse enteramente de aquel edificio inhospitalario, dió un nuevo impulso á sus alas, y fué á caer en los espesos cañaverales que crecian á las orillas del Rhin.

Enrique de Steinberg continuaba en el mismo puesto; pero un ángulo de la roca le habia hecho perder de vista á la cigüena en cuanto pasó la base de la torre. Entónces se inclinó á derecha é izquierda para reconocer el sitio en donde el pobre animal habia caído, y por fin se volvió é hizo una señal con la mano.

Otro hombre que Frantz reconoció al punto por Fritz Reutner, corrió al mayor que le designó con el dedo los cañaverales, y enseguida ambos desaparecieron; la plataforma se volvió á quedar solitaria como antes.

Frantz no habia perdido de vista á la cigüena que aleataba entre las cañas, y acordándose en aquel momento que Whilelmina, sin participar enteramente de las creencias de Magdalena, habia manifestado una especie de veneracion por esas aves, concibió el pensamiento de socorrer á un ser querido de Whilelmina.

Impelido por este generoso sentimiento se lanzó á la puerta de su cuarto, atravesó el comedor de la posada, desierto á la sazón, y deslizándose al borde del rio, llegó bien luego al sitio en donde estaba la cigüena.

Bien luego la descubrió; el pobre animal se agitaba entre las cañas, á algunos piés de la ribera. Frantz no titubeó en meterse hasta media pierna para apoderarse de la cigüena que aturdida por la caída, ó debilitada por su herida, no trató de huir ni de defenderse.

El estudiante la tomó en sus brazos con cuidado, y se volvió rápidamente á su aposento sin haber hablado á nadie en el camino.

En cuanto dejó á la cautiva en el suelo, corrió otra vez al balcon. El mayor de Steinberg estaba otra vez en el hueco de la almena, haciendo señales á Fritz Reutner, que bajaba lentamente la roca mirando por todos lados.

La otra cigüeña volaba tristemente al rededor de Fritz, como si tambien buscara con los ojos á su fiel y desgraciada compañera.

Seguro de que nadie le habia visto en su corta excursion, el estudiante se acercó á su cautiva.

La cigüeña no se habia movido; acostumbrada al hombre, la vista de Frantz no la asustaba; habriase dicho que un instinto secreto la daba á conocer las buenas intenciones de su protector.

Al curarla la leve herida que los perdigones la habian hecho, el estudiante distinguió entre las plumas largas y flotantes que adornaban el cuello de la cigüeña, una especie de collarcito.

En esta señal conoció al instante al hinkende, esa cigüeña misteriosa que despues de haber sido la favorita del baron Hermann, abuelo del mayor, habia vuelto recientemente al castillo.

Ese amuleto consistia en una ligera hoja de plomo enroscada, encerrando dentro un fragmento de papel ó de tela, sostenido por una cadenilla de acero que las largas plumas del ave acuática no habian podido impedir que se tomase, porque en cuanto el jóven la tocó, el metal se cayó por si mismo quedándosele en la mano.

Entónces examinó, con una especie de temblor nervioso, el objeto que habia caído en su poder de un modo tan extraño.

Despues de haber roto el plomo, halló un pedacito de pergamino enroscado: el metal le habia completamente preservado de la humedad y los caracteres que tenia dentro estaban intactos.

Era aquello una especie de plano grosero hecho muy de prisa; debajo se veia la firma del baron y estas palabras escritas de su mano: *Camino de la Huida del Steinberg*.

Frantz reflexionó un instante.

— El camino de la huida! murmuró el estudiante; no es ese subterráneo misterioso que debe existir hoy bajo el castillo del Steinberg conocido únicamente del gefe de la familia?... Si, si, y Magdalena cuenta horribles historias sobre ese lúgubre sitio, á pesar de que ignora en donde se halla... Ahora me esplico la conducta cruel del mayor acerca de ese pobre animal. El señor de Steinberg habra sabido sin duda por tradicion que su abuelo Hermann habia confiado al hinkende ese precioso documento, y habra querido apoderarse de él matando á la cigüeña... Solo en el mundo poseo el secreto de los gefes de la familia del Steinberg!

Mientras estaba hablando, la cigüeña habia conservado esa actitud triste, y por decirlo así meditabunda propia de su especie; habriase dicho que estaba sin vida, pero miraba á Frantz de un modo tan ardiente, tan fijo y tan espresivo, que este no pudo menos de estremecerse.

Su alma sensible, conmovida recientemente por grandes dolores, era mas accesible que otras á la supersticion.

— Quieres darme á entender que ese secreto me pertenece? Estoy en presencia de un ser sobrenatural, ó de un instrumento ciego de la voluntad divina? Debo creer que porque el gefe de la familia de Steinberg te perseguia, has querido confiarme tu secreto por la felicidad de esa antigua raza que proteges? Estoy llamado yo á regenerarla?... Pero ay! nada puedo por ella ni por mi mismo.

Frantz estaba trémulo, sus cabellos se erizaban en su ca-

beza y su frente chorreaba un sudor frio como en presencia de una aparicion. Pálido, y con los ojos fijos en la cigüeña parecia estar esperando su respuesta...

Por fin el hinkende salió de su estraña impassibilidad; alargó su plateado cuello, dió dos ó tres picotazos en el aire, y volviéndose gravemente, se dirigió con paso lento y magestuoso hácia el balcon, dió un salto, y desplegando al mismo tiempo sus anchas alas, se lanzó estrepitosamente en el espacio desapareciendo bien luego.

La imaginacion de Frantz no le permitió el ver los acontecimientos de aquel dia bajo su punto de vista verdadero; queria deber á la intervencion de un ser superior el secreto que acababa de penetrar; la cigüeña le parecia haber obedecido á una influencia sobrehumana; y por eso permaneció muchos minutos en su puesto con los ojos fijos y los brazos colgando, dudando aun de la realidad de todo aquello.

La voz de Alberto Schwartz que le llamaba desde un cuarto próximo le arrancó de sus meditaciones. Frantz se apresuró á ocultar el pergamino que parecia haberle regalado la cigüeña. Alberto entró en el aposento.

XX.

— Mira, mira, exclamó Alberto dando voces, mira á nuestro vecino el mayor de Steinberg jugando á la barra en la plataforma de su torreón... Dios me perdone, tengo ganas de acompañarle en su lindo juego.

— El mayor! qué dices del mayor?

— Ven á ver, repuso el estudiante dirigiéndose hácia el balcon; hace unos cinco minutos que se divierte de ese modo.

Frantz volvió á su puesto de observacion. En efecto, el baron pasaba y volvia á pasar rápidamente detrás de las almenas de la torre; sus movimientos eran bruscos y desiguales; de tiempo en tiempo alzaba sus puños cerrados al cielo con aire de amenaza y de desafio. Esta espresiva pantomima manifestaba una enérgica rabia.

— Porqué estará tan agitado? dijo Frantz con aire pensativo.

— Porqué? repitió el estudiante atolondrado... El baron de Steinberg se ha vuelto loco... pero loco furioso... dicen que es peligroso el estar á su lado.

Sigismundo habia ocultado á Frantz sus temores acerca del baron; por eso se puso livido al oír la noticia.

— Seria posible! Entónces la pobre Whilemina, encerrada con él en ese castillo inaccesible... Pero no; haces muy mal, Alberto, en repetir esas voces absurdas que habrás oído en la aldea.

— No lo creas, si no quieres; sin embargo ese bruto de Reutner no es tan mudo con los aldeanos como con nosotros, y ha confesado ya á Faucher el batelero, que es mi amigo, que el baron de Steinberg les hacia temblar á todos en la torre; les tiene encerrados con llave y les vigila de noche y de dia para que no puedan comunicar con el exterior... De un momento á otro puede tener el capricho de ahorcarlos á todos.

— Y Whilemina? han dicho algo de Whilemina?

— Fritz no quiere hablar de Whilemina, pero meneala cabeza cuando se pronuncia su nombre, y ha dado á entender que el baron en sus accesos de locura rabiosa podria intentar...

— Pero entonces el mayor de Steinberg es una fiera! exclamó Frantz con desesperacion. Sin embargo, te engañas

Alberto, eso no puede ser: Fritz ha exajerado la locura de su amo...

— Mira! mira! interrumpió Alberto con una especie de ironía, tocando á Frantz en el hombro en tanto que señalaba á la torre con el dedo.

Un nuevo personaje acababa de presentarse en la plataforma: era Fritz Reutner.

Sin duda queria dar cuenta al baron de lo infructuosas que habian sido sus pesquisas; pero el baron al verle tuvo un acceso de furia espantosa. Se arrojó sobre el hijo de Magdalena y le pegó con los puños cerrados encarnizándose en él con una inaudita violencia. Su cólera llegó á exaltarse tanto, que cojió á su desgraciado criado y le arrastró hácia el pretil como para precipitarle en el abismo.

Fritz queria soltarse; pero sea que á causa de su obediencia estúpida no se atreviese á emplear toda su fuerza, ó ya porque el vigor del mayor fuese superior al suyo, perdió mucho terreno. Bien luego se halló contra el pretil; en vano queria agarrarse á las almenas, nada le sostenia ya encima del abismo, cuya profundidad daba el vértigo, nada mas que la mano convulsivamente apretada del feroz Steinberg.

Los dos estudiantes lanzaron un grito, que se apagó sin eco sobre la inmensidad del Rhin. Frantz volvió los ojos para no ver aquella caída mortal, inevitable.

Pero en el mismo instante Magdalena Reutner apareció detras del baron y corrió á él con los cabellos sueltos y alzados los brazos. Tal era la energía de aquella madre espantada, que el furioso volvió la cabeza y pareció titubear en consumar su crimen. Fritz se aprovechó de este momento de tregua; por uno de esos esfuerzos supremos que da el instinto de la vida, se agarró á la piedra del pretil, se lanzó de un brinco por encima, y despues todos los personajes se alejaron y la plataforma se quedó desierta.

Esta horrible escena pasó en ménos tiempo del que hemos necesitado para contarla.

Los dos estudiantes se quedaron mirando, pero nadie se mostró detras de las almenas. Frantz se enjugó la frente bañada de un sudor frio.

— Sí, no cabe duda ninguna, repuso Frantz como hablando consigo mismo; ha perdido el juicio. Y cómo arrancar á la infortunada Whilemina de las manos de ese frenético? Probaré el medio que Dios me ha suministrado milagrosamente. Penetraremos esta noche misma en la torre del Steinberg, y sacaré á Whilemina.

— Yo poner los piés en esa horrible guarida para ver á ese mayor endiablado!... á ménos, continuó en tono mas bajo, que en tu calidad de superior de la ilustrísima y sacrosanta sociedad...

Frantz no pareció haber oído estas últimas palabras.

— Tienes razon, repuso con acento meditabundo, debo esponerme yo solo; ademas el secreto que he descubierto no me pertenece, no podria revelarle ni á mi mejor amigo... Por lo cual obraré sin el auxilio de nadie.

— Qué dices? preguntó Alberto con curiosidad; qué es lo que piensas hacer?

— Nada, nada, contestó Frantz acordándose de la lijereza y el atolondramiento proverbial del estudiante; estoy soñando en alta voz, la inquietud me hace delirar; nada puedo hacer por Whilemina. Me es imposible sustraerla al poder de su temible hermano... Esperemos la vuelta de Sigismundo.

Alberto no estaba provisto de bastante perspicacia para notar que la espresion del rostro de Frantz, y el sonido de su voz desmentian sus palabras, así conviniendo en que se

debía esperar la vuelta de Sigismundo se lanzó fuera de cuarto.

Frantz apenas notó que su compañero habia salido, tan profundo era el estado de meditacion en que acababa de entrar.

Bien luego sacó de su pecho el pergamino, don misterioso del hinkende, y acercándose á la ventana se puso á comparar el castillo y sus cercanias con el plano levantado por el baron Hermann.

Despues de un minucioso exámen, salió de la posada y se puso á dar vueltas por las rocas próximas al Rhin. Largo fué su paseo; cuando volvió á su casa, el sol estaba ya en el ocaso.

Sin duda sus investigaciones tuvieron un buen resultado, porque su frente resplandecia de esperanza, y una sonrisa de triunfo se veia en sus labios.

En el momento en que llegaba á las primeras casas de la aldea, oyó una piedra que brincaba detras de él á la falda de la roca, y deteniéndose súbitamente para ver lo que era distinguió una mano en una de las ventanas de la torre como haciéndole señal de que se esperase, y en el mismo instante la piedra cuya caída habia llamado su atencion rodó á sus piés, con un papel atado á ella.

Frantz se apoderó al instante del papel y quiso leerle, pero la mano se agitó vivamente como para ordenarle que se alejase y desapareció inmediatamente.

Trémulo de alegría y temiendo que su presencia no comprometiese á la persona que le enviaba aquel billete, se apresuró á llegar á un sitio ménos descubierto, donde no podia ser visto desde el castillo.

Allí, abriendo el papel leyó estas palabras escritas de prisa con lápiz, por una mano poco diestra, sin duda la de Magdalena.

« Salvad todo lo que queda de la desgraciada familia de los Steinberg. El baron ha perdido la razon y sus accesos de furor me hacen temblar por vuestra esposa Whilemina; cada minuto aumenta su peligro y los nuestros. » Frantz se quedó aterrado al leer este billete.

— Conque Alberto tenia razon! exclamó con acento desesperado. Pues bien no esperaré la vuelta de Sigismundo como se lo habia prometido; ya me perdonará mi falta de palabra cuando sepa las circunstancias que me han obligado á ello. Si, volaré al socorro de Whilemina; voy á ejecutar mi proyecto esta noche misma. Dios mio! protéjela algunos instantes mas y la salvaré.

Frantz echando una última mirada á la roca del Steinberg, y enjugándose con la mano una lágrima, se dirigió hácia la posada para principiar sus preparativos; pero apenas habia entrado en sus umbrales cuando una voz bien conocida, la voz chillona é imperiosa del caballero Ritter resonó en sus oídos.

— Prendedme á ese tambien, decia; esta vez estoy seguro de que el señor conde Federico de Hohenzollern no se me escapará... Ah! Señores estudiantes, os habeis burlado de mí; pues hoy vamos á desquitarnos.

Antes de que Frantz hubiese podido oponer ninguna resistencia, cuatro ó cinco alguaciles de la policia del gran duque se arrojaron sobre él y le sujetaron.

(Se continuará.)

SEPULCRO DE G. St. HILAIRE

EN EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE.

El cementerio mas vasto que existe en Paris es el llamado del *P. La Chaise*, confesor de Luis XIV que vendió á la villa este inmenso terreno.

La posicion de este cementerio no puede ser mejor; el ter-

reno es elevado y pintoresco y domina la mayor parte de la capital, pero lo que constituye su nombradía es su coleccion de monumentos fúnebres: cada túmulo es un templo aislado con pórtico, nave y altar, habiéndolos bastante grandes para que se pueda celebrar en ellos el oficio divino. Se encuentran tambien obeliscos de todas dimensiones de mármol de granito y de piedra ordinaria; hay bonitos jardines y grandes calles de árboles que por muchos sitios hacen de este



Sepulcro de G. St. Hilaire en el cementerio del P. Lachaise.

ementerio un paseo. Entre los monumentos que mas llaman la atencion se cuentan el de Massena, el gótico sepulcro de Abelardo y Heloisa, el pedestal y la estatua de Casimiro Perrier, y otros muchos que seria muy largo enumerar aqui.

El monumento de M. G. de Saint-Hilaire es mas célebre por el nombre ilustre que hay en él que por el mérito de su arquitectura: es de los mas modestos que se ven allí, y sin embargo, todo el mundo se detiene en él, porque el gusto y

la invencion que se descubren llaman desde luego las miradas.

Nada puede verse mas sencillo que toda la parte inferior del monumento. La lápida, que sostiene el cuerpo superior que eleva la inscripcion á la altura de la mirada, se halla rodeada á cierta distancia de un especie de pretil que la magnífica perspectiva que desde allí se descubre le asemeja á una azotea ó balcon. En todo este monumento tan modesto como grave la escultura se halla ausente, si se excep-

túan los tripodes que simbolizan el sacrificio y la oración por el recuerdo del incienso, toda la riqueza se halla concentrada en la parte superior donde se vé un medallón magnífico de bronce, y debajo el nombre glorioso de G. de Saint-Hilaire, ornado con dos ramas de laurel, única recompensa que este sabio ha sacado de una vida llena de trabajo y de genio. En el basamento se ven dos tántalos sosteniendo una guirnalda, lo que es una feliz idea, porque estas aves no solo están figuradas aquí como animales sagrados, sino en conmemoración de los trabajos que han inmortalizado el nombre de G. de Saint-Hilaire. En la expedición á Egipto que hicieron los franceses, G. de Saint-Hilaire principió su serie de descubrimientos y él fué, quien trayendo de las riberas del Nilo dos tántalos vivos y algunos esqueletos, volvió á hablar de este ave célebre, sobre la cual se tenían hasta entónces noticias tan incompletas.

Pero este sepulcro no es el único monumento que tendrá en el suelo de su madre patria la memoria de G. de Saint-Hilaire. Etampes, ciudad natal del ilustre naturalista ha resuelto también erigirle una estatua, para eternizar su merecida fama y nombradía.

INDUSTRIA.

HISTORIA DE LA DESTILACION.

Es de creer que los primeros que inventaron el arte de la destilación fueron los árabes, quienes desde muy remotos tiempos se han dedicado á la extracción de toda especie de esencias aromáticas cuyos procedimientos llevaron sucesivamente á Italia, España y al mediodía de la Francia. La palabra alambique se encuentra en algunos de sus escritores mucho antes del siglo X. *Avicena* que también escribió en aquella época, comparaba la fluencia catarral á una destilación cuya cucúbita era el estómago, la cabeza la vasija, y las narices y la boca los conductores por los cuales se verificaba la destilación de los humores. *Races y Albucases* describieron algunos procedimientos referentes á la extracción de las partes aromáticas de las plantas, cuyos vapores según puede inferirse de sus escritos, pasan á recipientes de grande capacidad, los cuales se cubrían con varias capas de lienzo mojado operación que tenían cuidado de renovar muy á menudo. *Lullo* alquimista del siglo XIII en su obra titulada *Testamentum novissimum*, hablando del aguardiente y del alcohol, dice que él llegó á pasar el aguardiente por siete destilaciones sucesivas, pero que bastan tres tan solo para que el espíritu obtenido sea enteramente inflamable sin dejar ningún residuo acuoso. En otra parte de la misma indica el modo de obtener el aguardiente por medio del alcali fijo, á cuyo proceder *Valentin* en el siglo XIV sustituyó el que se conoce por medio de la cal viva.

Armando de Villeneuve profesor de la universidad de medicina de Montpellier contemporáneo de *Lullo*, fué el primero que aplicó el aguardiente y el vino al uso de la medicina y de las preparaciones farmacéuticas. *Savonarole* á principios del siglo XV publicó un tratado con el título de *Conficienda aqua vite* en el que se encuentran cosas muy curiosas; entre otras después de describir las propiedades del aguardiente, explica los procedimientos que deben emplearse para comunicarle el aroma de las plantas ú otros principios, tanto por medio de la maceración como de la destilación.

Porta químico napolitano del siglo XVII fué el primero que hizo conocer los mejores aparatos para la vinificación. En un tratado que escribió sobre el arte de destilar, examina este procedimiento en sus aplicaciones á todas las substancias que en él puedan someterse; hace la descripción de varios aparatos y entre los cuales de uno por medio del que puede obtenerse el alcohol con una sola operación: este aparato se compone; primero, de un tubo serpentina que se adopta á la parte superior de la caldera, y segundo, de varias capacidades colocadas unas sobre otras con una abertura al costado en la que se adhiere un tubo que se sumerge en el recipiente. Por este medio, dice, podrán obtenerse todos los grados de fuerza que se crean necesarios, como asimismo el que las partes acuosas se condensan en el fondo mientras que las espirituosas vayan elevándose hasta la superficie. Por lo dicho puede fácilmente inferirse que el aparato de *Porta* ha servido en gran parte de modelo para los de *Adam* y *Berar* y otros que se han inventado á fines del siglo XVIII.

El doctor *Arnaud de Lila* en la introducción de una obra de *química ó Física physique* que publicó en 1655 establece excelentes principios tanto acerca de la construcción de los hornos, modo de hacer el lúten y graduar el calcínico, como con respecto á la calcinación y destilación, á lo que él llama sublimación húmeda. Fué el primero que recomendó las calderas poco profundas como las mas propias para favorecer la evaporación. En su tratado se hace mención de la metamorfosis del aguardiente en alcohol por medio de varias destilaciones, ó por lo que se conoce con el nombre de Baño María.

En un tratado de *Claubert* impreso en 1658 con el título de *Descriptionis distillatorie*, encontramos el origen de muchos procedimientos que en nuestros días han pasado por nuevos no siendo la mayor parte mas que los mismos en algo perfeccionados. Uno de ellos consiste en hacer pasar los vapores que se elevan por medio de la destilación, por una vasija cercada de agua fría y los vapores no condensados por una segunda vasija, de esta á una tercera y así sucesivamente hasta que la condensación sale perfecta. Es evidente que por medio de este aparato se puede obtener el alcohol á diferentes grados de condensación según la que ha tenido en las distintas vasijas por las que haya pasado. Este aparato de *Claubert* es también á corta diferencia lo mismo que el de *Adam*, y puede asegurarse que todos cuantos se han construido después en Francia y otros países con privilegio esclusivo ó sin él, están basados en los mismos principios.

El arte de la destilación sin embargo de cuanto hemos dicho acerca de su antigüedad, puede asegurarse que ha sido casi insignificante hasta que á principios del siglo XVIII fué aplicándose el uso de los espíritus á las artes y á la economía doméstica; desde entónces los aparatos del licorista dejaron de ser el ornamento de laboratorios farmacéuticos ó científicos; estableciéronse por todas partes numerosas fábricas de aguardientes, cuyo número y dimensiones ha ido siempre en aumento á medida que se han ido extendiendo sus aplicaciones á la industria fabril y al consumo económico. A pesar de todo, los procedimientos y aparatos empleados para la destilación no sufrieron otra variación en todo el siglo XVIII que alguna pequeña modificación acerca de sus dimensiones, las que se aumentaron algún tanto á fines del mismo.

La mayor parte de estos aparatos consistían en una caldera de cobre enteramente redonda y por consiguiente tan

alta como ancha, terminando por un cuello mas ó ménos elevado, que tenia la mitad del diámetro de la misma y algo mas ancho en la parte superior: de uno de sus costados salia un tubo cónico cuya parte mas estrecha se introducía en una serpentina de cinco ó seis vueltas, colocada en un cubo de agua fria, que se reemplazaba á medida que por medio de la condensacion de los vapores iba calentándose.

Tales fueron los aparatos empleados por las fábricas de aguardientes durante todo el siglo XVIII á escepcion de algunas modificaciones muy insignificantes, como la de dar mayor capacidad á la caldera, disminuir su altura, ensanche de boca y la sustitucion de los prolongados tubos que á ella se aplicaban, por una cucurbita cercada de un refrigeratorio que se llenaba de agua fria para condensar los vapores que pasaban en seguida á la serpentina.

Es evidente que por medio de semejante mecanismo, todos los vapores acuarios ó alcoholicos que se elevan de la caldera entraban en la serpentina, y que verificada allí la condensacion, pasaban al recipiente. De esta operacion resultaba que siendo el agua caliente mas ligera que la fria, tan solo la de las capas superiores de la serpentina conservaba el calor, por lo cual á fin de que la condensacion pudiese verificarse medianamente bien, se tenia que echar agua fria á un tubo bastante largo que adhería á la parte inferior del refrigeratorio, la que estendiéndose en el fondo del mismo repelia á otra cantidad igual de la caliente, la que se vertía por medio de otro tubo colocado en la parte superior: de este modo la condensacion se verificaba del mismo modo tanto con respecto á los vapores alcoholicos como á los acuarios que salían de la serpentina mezclados en diversas proporciones segun estaba mas ó ménos adelantada la destilacion; pero como los espíritus son mucho mas volátiles que el agua, los primeros productos de la destilacion eran siempre los mas alcoholicos y los últimos los mas acuosos, resultando de ahí que para obtener el alcohol puro se hacia necesario el procedimiento de varias rectificaciones con gran pérdida de tiempo y de combustible, hasta que se inventaron los perfeccionamientos que existen en el día, y que han hecho desaparecer estos inconvenientes.

IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA.

Así como la abundancia anima al trabajo humano, la agricultura influye mas que otro cualquiera agente en el aumento de este, y en aumentar tambien los medios de ocupar los hombres. En prueba de esto, basta citar la autoridad del economista mas eminente que tuvo la Inglaterra, Adam Smith, el que dice: «Que ningun capital puesto en movimiento produce una cantidad mayor de trabajo *productivo* que el del labrador. No solamente los mozos de labranza, sino los ganados que en ella se emplean, son trabajadores productivos. En agricultura, la naturaleza trabaja lo mismo que el hombre; y aunque su trabajo no cuesta desembolsos, sus resultados tienen un valor como lo tiene el trabajador mas caro. Las operaciones mas importantes de la agricultura no parece que conspiran tanto á aumentar, cuanto á dirigir la fertilidad natural á la produccion de las plantas mas útiles al hombre. Un campo cubierto de zarzas y matorrales, puede producir una cantidad tan grande de vegetales como la viña ó el campo de trigo mejor cultivado. La plantacion y el laboreo mas bien arreglan que animan la activa fertilidad natural; y así se vé que despues de todas las faenas, siempre esta tiene que hacer lo principal. Sin

embargo, los gañanes y el ganado que se emplean en los trabajos campestres, así como los artesanos no solo son los que causan la produccion de un valor igual al que ellos consumen, ó séase al capital que ellos emplean juntamente con sus ganancias, sino otro mucho mayor. El capital empleado en la agricultura, añade el mismo escritor, no pone en movimiento cantidad mas grande de trabajo productivo que lo hace otro igual empleado en las artes, sino que en proporcion á la cantidad del trabajo que consume aumenta en mayor precio el producto anual de la tierra y del trabajo del país á la verdadera riqueza y á las rentas de los habitantes. En ningun objeto se puede emplear un capital que sea mas lucrativo á la sociedad que en la agricultura.»

Algunos escritores han calculado en la mitad de la poblacion el número de los que en Francia é Inglaterra se emplean en esta; en la tercera, y ninguno la computa en ménos de la cuarta. Séase de esto lo que quiera, lo cierto es que el número de los labradores escede en todas partes al de los artesanos y menestrales, y al de los que se ocupan en los demas oficios. El que la agricultura da empleo á tantas gentes, deberá escitar los deseos de todos hácia su mejora. Prescindiendo de las gentes que la labranza ocupa en sus operaciones, ella facilita á otras medios de trabajar en grado superior á las artes; porque ademas de influir en la duracion de la vida, facilita una mayor demanda de artículos de primera necesidad que son artificiales; de consiguiente, proporciona de un modo indirecto mayor ocupacion á los artesanos que en otra cualquiera profesion. La agricultura no solamente es el manantial del trabajo, sino que cuando florece le asegura mejor que otro agente. Las manufacturas y el comercio, por mas brillantes que se encuentren, no se arraigan de un modo permanente en las naciones. Las contribuciones, las discordias civiles, las guerras y otras mil causas, logran detener su curso, aminorarlos y privar á los habitantes de los medios de ocuparse. De esto hay ejemplos mas señalados en las naciones comerciales, á las cuales en el día solo les queda el nombre. Cuando los capitales se invierten en el cultivo directo de las tierras no solo se facilita ocupacion abundante á los presentes, sino que se facilita á los venideros. Los Países Bajos lo demuestran ostensiblemente.

LOS ANGELES DEL SUEÑO.

¿Cuáles son los funestos pensamientos que el espíritu del mal podía inspirar á esos dos niños dormidos? Quién lo sabe? Quizá alguna inspiracion de celos ó de orgullo; quizá algun proyecto de mentira cuya realizacion se imaginaban durmiendo.

Cuántas veces toman tambien las tentaciones la forma del sueño, para tender sus lazos? La razon aletargada se halla entónces sin fuerzas para discutir nuestra resolucion; el acto se efectua sin nuestra culpa; nuestros malos instintos parecen despertarse en el sueño á fin de acostumbrarnos á sus manifestaciones.

El alma se despierta poseída todavia de sus sueños; trata de recordarlos, y se turba involuntariamente con ellos, y puede considerarse como muy dichosa cuando los ángeles guardianes han podido llegar á tiempo para interrumpir el viaje de la imaginacion á través del mal, ó de la extravagancia.

Pero si su vuelo no fué bastante rápido, acaso no nos ha dado Dios guardianes interiores y exteriores cuyas voces se

oyen incesantemente? No tenemos centinelas providenciales en todas partes por lo que toca á las cosas mundanas?

Qué hecho no tiene alguna significación? Qué destino no tiene una lección fructuosa? La vida entera es un gran coro que nos instruye y nos aconseja; todo está en saber escuchar á tiempo.

Y cuando la enseñanza exterior no nos presenta bastante confianza, no tenemos en nosotros mismos ningún amigo que aclare nuestra inteligencia? Acaso es una ficción esa voz interior común á todos los tiempos, á todas las naciones que aplaude al bueno, y que maldice al malo? No existen entre los hombres, grandes leyes morales que dirijen la marcha



Los Angeles del sueño.—Composicion y dibujo de STAAL.

de sus sentimientos, como las leyes físicas dirijen el movimiento de los cuerpos?

Si Dios no hubiese puesto en nosotros el instinto de esas dobles leyes nos habria hecho impropios á la vida material, y á la vida moral á un mismo tiempo. El espíritu humano puede percibir las verdades jenerales, sin las cuales la asociacion mortal no podria existir, al mismo tiempo que nuestros sentidos pueden percibir los hechos físicos sin cuyo conocimiento seria imposible la existencia. La razon comprende

como ven los ojos, y el corazon obedece al amor, como obedece el cuerpo á las leyes de gravedad.

Esta doble enseñanza que nos viene del mundo exterior y del mundo interior, no es pues otra cosa que la condicion misma de nuestra conservacion. Todo lo que nos recuerda el verdadero destino de nuestra naturaleza es la voz de un ángel guardian, pues que es una advertencia para obedecer á la regla de existencia establecida por el mismo Dios.